

EUCARISTIA EN MEMORIA DE LAS VICTIMAS DEL TERRORISMO

El saldar las cuentas con un pasado reciente de sufrimiento y de injusticia flagrante es una tarea muy delicada -es necesario que las heridas no cierren en falso, que no se abran otras heridas mayores-, pero es una tarea decisiva, en la que está en juego el futuro de una sociedad, pero también la propia integridad personal. Es una tarea que se está afrontando hoy en muchos lugares del mundo. Es también la tarea abierta que tenemos delante en el País Vasco.

Concretamente muchos de los aquí presentes os esforzáis porque se conozca la verdad y se haga justicia a las víctimas del terrorismo. Estamos en una celebración cristiana que es una forma específica de hacer memoria de las víctimas: desde la fe y a la luz del evangelio. La fe cristiana nos enseña a vivir en la presencia de Dios y a mantener el recuerdo de las víctimas. La fe nos insta a descubrir la dimensión más profunda de la realidad, lo que tantas veces se olvida -porque incomoda, porque exige- y que, sin embargo, es lo que más nos puede humanizar, lo que tiene un mayor potencial de transformación personal y social.

Os invito a que en esta celebración pongamos nuestra vida ante el misterio de Dios y digamos simplemente que las víctimas existen, que escuchemos sus exigencias y reconozcamos nuestro pecado.

Tenemos que afirmar que en nuestra sociedad vasca hay personas que han sido objeto estos últimos años de una violencia especialmente injusta, de efectos irreparables, que con mucha frecuencia han tenido que sobrellevar en la espantosa soledad en que les dejaba una sociedad cobarde cuando no cómplice, a veces incluso mientras se escarnecía su reputación. Son las víctimas del terrorismo. Me vais a permitir que lo diga sin eufemismos: del terrorismo de ETA -el inductor ideológico y estratégico de la tragedia-, pero también de otro terrorismo de signo contrario, así como de los abusos que han existido de los aparatos del estado. Las víctimas del terrorismo no tienen color político, deben ser la causa de todos, porque en ellas se ha ofendido, sin justificación ni atenuante alguno, a la humanidad básica y compartida. La reivindicación de las víctimas del terrorismo no está al servicio de ninguna estrategia política, pero sí de exigencias morales irrenunciables de la vida política.

No se puede diluir a estas víctimas en un abanico indiferenciado de sufrimientos y de reivindicaciones. La conciencia humana y cristiana nos obliga a reaccionar con compasión eficaz ante todo sufrimiento humano para intentar paliarlo y solucionarlo. Pero hay que reconocer que hay víctimas que han sido objeto de una injusticia especialmente grave y dolorosa. Conviene decirlo porque la cultura de la violencia genera siempre una cultura de la mentira que, con frecuencia, convierte a los victimarios en víctimas y puede desorientar y embotar la conciencia moral.

En esta celebración pedimos a Dios por todas las víctimas del terrorismo. Siguiendo la tradición cristiana pedimos por el eterno descanso de los difuntos. Pero pedimos también por los

vivos: para que el Espíritu de Dios conforte y fortalezca; para que preserve al dolor de las tentaciones del odio y de la venganza y lo trastueque en talantes de superior calidad ética.

Es muy oportuno cuando en nombre de las víctimas se exige el conocimiento de la verdad de lo sucedido y la realización de la justicia. Las heridas no pueden cerrar en falso. Para que cicatricen hay que curarlas aunque escueza. La historia de las víctimas es memoria preventiva para que estas cosas no se vuelvan a repetir y para que la sociedad calibre sus responsabilidades cuando tantas personas se han quedado solas y desamparadas ante las amenazas y la violencia.

La recuperación del pasado es una tarea ineludible, pero delicada y difícil. No debe ser ocasión para la revancha sino para propiciar un hondo proceso de transformación personal, moral y cultural, que sirva para cerrar heridas, abatir fanatismos, relativizar las ideologías y acercar a las personas. Pero cuando se reivindica el pasado de los violentos, cuando se enarbola su imagen como si de héroes se tratara, se ofende cruelmente a sus víctimas y, además, se contribuye a afianzar la cultura de la violencia. Esto es moralmente gravísimo y está sucediendo en la sociedad vasca.

El conocimiento de la verdad lleva a la realización de la justicia. Todo crimen impune es fuente de nuevos crímenes. Jesús dijo que "no había venido a destruir la ley sino a llevarla a cumplimiento". Es decir, de ninguna manera pretende destruir las relaciones de justicia que fundan una convivencia social civilizada. Pero Jesús también dice a sus discípulos que "su justicia debe superar a la de los escribas y fariseos". Es decir, exige comportamientos que no contravengan a la justicia, pero que sí vayan más allá de ella.

En una celebración cristiana tenemos, por eso, que hablar del perdón. Pertenece al corazón del mensaje de Jesús. Lo acabamos de escuchar en la lectura del evangelio: el amar a Dios es inseparable del amar al prójimo como a nosotros mismos (probablemente hay que entenderlo: amar al prójimo en vez de amarnos a nosotros mismos). San Pablo, en un canto bellissimo, nos decía que sin la caridad nada vale nada; y llegaba a decir que la caridad "no se alegra con la injusticia, se alegra con la verdad. Todo lo excusa, todo lo espera, todo lo soporta...". Parece que se está haciendo eco de las palabras de Jesús cuando Pedro le pregunta "¿Cuántas veces tengo que perdonar a quien me ha ofendido, hasta siete veces?" Y le responde: "no te digo siete veces, sino setenta veces siete". El perdón es la expresión máxima, también la más difícil, del amor.

Sí, ya se que esta palabra puede encontrar prevenciones y rechazos y es, a veces, muy difícil de escuchar. Puede parecer romántica y vaga. A veces en nombre del perdón se ha alentado la injusticia y ha servido para encubrir la impunidad. No es raro que el discurso del perdón, dicho desde una situación cómoda y de presunta superioridad moral, resulte ofensivo para quien se encuentra en una situación crítica y dolorosa.

Pero si dejáramos de hablar del perdón no solo traicionaríamos al evangelio de Jesús, sino que renunciaríamos a un valor humanizador y social y políticamente eficaz. Del perdón hay que hablar con hondo respeto a las víctimas, que son quienes primariamente pueden perdonar, sabiendo que hay procesos que

necesitan tiempo y condiciones adecuadas. El perdón en la vida social requiere que se hayan dilucidado previamente las responsabilidades a la luz de la justicia, pero el perdón va más allá. A nadie se le puede obligar a perdonar porque no es una exigencia de la justicia; es un ofrecimiento gratuito. Pero, eso sí, es una exigencia del amor cristiano e, insisto, una actitud hondamente humanizadora.

El objetivo del perdón es comenzar algo realmente nuevo y propiciar el encuentro entre las personas. Y esto se logra cuando de la víctima parte el ofrecimiento del perdón y el victimario lo acepta y reconoce que está necesitado de él.

No es ahora el momento ni el lugar de hablar de las traducciones legales que pueda tener el perdón, que, en todo caso, debe contar, de algún modo, con el acuerdo de las víctimas y con algún tipo de reconocimiento por el victimario de su responsabilidad. El perdón legal no puede ser una estrategia a la que nos vemos forzados por las limitaciones de nuestras fuerzas para hacer justicia, sino por el afinamiento de una justicia que piensa más en reconstruir que en castigar. Los conflictos se resuelven cuando se encuentra una solución a los temas en discusión, cuando se conoce la verdad, cuando se decantan las responsabilidades en justicia, pero sobre todo cuando se reconstruyen las relaciones personales.

La sociedad vasca tiene la obligación de saldar la gravísima deuda material y moral contraída con las víctimas del terrorismo, de rodearlas de afecto y solidaridad, de modo que éstas se encuentren en las mejores condiciones para dar el paso tan difícil, pero tan humanizador del perdón. Un proceso de pacificación es sólido y humano en la medida en que atiende a las víctimas y en la medida en que la generosidad de éstas se convierte en fuerza de transformación social.

Los efectos sociales del perdón pueden frustrarse por fallo de cualquiera de las dos partes de la relación. El ofrecimiento del perdón no logrará sus efectos sociales plenos si no es aceptado, pero aún así su mero ofrecimiento sincero es humanizador; por supuesto no elimina el dolor, pero evita el túnel del odio y de la venganza. Como también hay que decir que el arrepentimiento ya, en sí mismo, no elimina el remordimiento, pero lo convierte en una exigencia moral positiva y evita que degenera en amargura permanente.

Urge y es importante recuperar la palabra cristiana sobre el perdón, su exigencia transformadora, en la sociedad vasca y en otras muchas sociedades de nuestros días.

Pero se suscita una objeción decisiva. ¿Quién tiene autoridad moral para hablar del perdón y de hacerlo, además, a las víctimas?

La Iglesia se considera depositaria de las palabras de Jesús, pero se que muchos no le concedéis mucha autoridad moral en el País Vasco para hablar del perdón a las víctimas del terrorismo. Muchos pensáis que no las ha acompañado con suficiente cercanía humana y, en muchas ocasiones, ni con dignidad litúrgica; que no las ha defendido con bastante valentía. La Iglesia de Bizkaia reunida, con su Obispo a la cabeza, hace dos meses lo reconoció en una declaración solemne: *"pedimos perdón a todas las personas que habiendo padecido las consecuencias de la violencia no han encontrado en nosotros la*

cercanía, la compañía, la solidaridad o el apoyo que necesitaban".

En cualquier caso lo que invoco es la calidad humana intrínseca de las palabras de Jesús sobre el perdón.

Pero, sobre todo lo que invoco es su ejemplo, él que habló del perdón y ofrecía el perdón a los verdugos que le mataban.

En la Eucaristía hacemos memoria de una víctima inocente que nos ha abierto las puertas de la vida. Y que nos enseña a vivir del amor. Que su ejemplo y su Espíritu nos llenen a todos de fortaleza, de generosidad, de consuelo, de esperanza

En Jesucristo, víctima inocente, esperamos y anticipamos un futuro en que se salden los derechos pendientes de todas las víctimas de la historia.

Homilía pronunciada por Rafael Aguirre en la Eucaristía celebrada en la Iglesia de San Vicente Mártir de Bilbao, el 4 de junio de 1999.